"HACE OÍR A LOS SORDOS Y HABLAR A LOS MUDOS"

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia para el vigésimo tercer domingo durante el año (6 de septiembre 2009)

I. "¡Efatá!, es decir, ¡Ábrete!"

1. Curaciones de sordomudos, encontramos en los tres Evangelios Sinópticos. La escena de hoy (Mc 7,31-37) es propia de Marcos, y muestra una especial intervención de Jesús: *"Le presentaron a un sordomudo… Jesús lo separó de la multitud y, llevándolo aparte, le puso los dedos en las orejas y con su saliva le tocó la lengua. Después, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo: 'Efatá", que significa: Ábrete'. Y en seguida se abrieron sus ojos, se le soltó la lengua y comenzó a hablar normalmente… En el colmo de la admiración, decían: 'Todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos" (vv. 32-35.37).*

2. La intervención de Jesús es especialmente pedagógica. Está orientada a que el sordomudo comprenda lo que Jesús realiza en él, y que es él quien de veras le abre los oídos y lo capacita para hablar. Pero es también catequística, pues la escena es transmitida a la Iglesia de todos los tiempos. Así lo entiende ella cuando, en el Bautismo, pone el rito del 'Efeta', y le dice al catecúmeno: *"'Efeta', que significa 'Ábrete', a fin de que profeses la fe que escuchaste, para gloria y alabanza de Dios" (Ritual 202).*

3. La situación del sordomudo y la acción de Jesús están cargadas de simbolismo. El sordomudo refleja la situación de la humanidad. Todos somos sordos para escuchar la voz de Dios. Y mudos. Por nosotros mismos, sólo podemos balbucear sonidos sin sentido, como en Babel, con los que no podemos comunicarnos de veras entre los hombres, ni bendecir a Dios. Para escuchar el Evangelio con el corazón y enseñarlo, y para alabar a Dios, necesitamos que Jesús nos abra los oídos espirituales y nos suelte la lengua.

II. Una Catequesis que abra los oídos del espíritu

4. La catequesis es el arte de proponer el Evangelio con tal convencimiento y amor que suscite un eco *(katejeo)*, o respuesta, de parte del catecúmeno. En cierto modo, el catequista ha de obrar como Jesús con el sordomudo. Para ello, el catequista precisa estar muy unido a Jesús: escucharlo por medio de la fe viva y orar con amor. Él es un pedagogo de la fe, no un simple instructor de religión. Debe estar también muy unido al catecúmeno: amarlo, tenerle paciencia, tomarlo en serio. Esto también cuando el catecúmeno es un niño. Nos equivocaríamos mucho si pensásemos que el niño es incapaz de comprender. O que hay que entretenerlo permanentemente porque sería incapaz de sentimientos profundos. Así como tiempo atrás nos animamos a rever una catequesis basada casi exclusivamente en las preguntas y respuestas, deberíamos animarnos hoy a revisar las experiencias de catequesis de niños que a veces se basan excesivamente en el juego catequístico. El juego para los chicos es algo muy serio. También en la catequesis. Los grandes corremos el peligro de pensar que para los niños el juego es sólo "diversión". Y entonces evitamos educar sus sentimientos más hondos: el silencio, la escucha de la Palabra de Dios, la oración. Cuando ello sucede, se corre el peligro de que el niño

permanezca sordo para escuchar el Evangelio, y mudo para la oración y la alabanza.

Conviene que pastores, padres, catequistas y maestros nos preguntemos: ¿cómo enseñamos a nuestros niños a recitar la oración compuesta por Jesús: el Padre Nuestro?

III. La lectura y escucha litúrgica de la Palabra de Dios

5. Si bien el cristiano ha de tener los oídos espirituales abiertos y la lengua expedita para dar testimonio de Cristo en todo momento, la reunión litúrgica es un momento donde estas facultades se ejercitan mejor.

Un elemento muy sencillo es la lectura de la Palabra de Dios, que hacen los lectores y los ministros ordenados. Tiene, sin embargo, una gran fuerza que le viene del Espíritu santo. Y tanto más si la lectura es hecha y escuchada según ese divino Espíritu. A tal fin, es preciso que el que lee lo haga con los oídos espirituales abiertos y la lengua expedita. O, si preferimos, como leía Jesús en la sinagoga de Nazaret: a) con inteligencia, entendiendo lo que lee; b) creyendo la palabra de Dios que lee; c) amando a quienes lee; d) con la voz adecuada a la palabra que lee. Leer la Sagrada Escritura en la asamblea litúrgica no es lo mismo que leer un diario, un libro escolar, una pieza de teatro. La palabra de Dios es siempre anuncio de salvación, y debe ser leída con este convencimiento; e) con el tono adaptado al ambiente físico en el cual se lee. También los que escuchan han de hacerlo con los oídos espirituales abiertos y la lengua expedita. El breve diálogo inicial entre el sacerdote y el pueblo, con el que se inicia y termina la lectura del Santo Evangelio, es un acto de fe, no es un simple formulismo. Equivale a decir: *"Habla, Señor, porque tu servidor escucha" (1 Sam 3,10).*

IV. "Canten a Dios con gratitud y de todo corazón"

6. Un elemento no menor, para el que necesitamos oídos espirituales abiertos y lengua expedita, es el canto sagrado. El evangelista Mateo recuerda que Jesús cantaba los salmos de la Pascua (Mt 26,30). Podemos imaginar lo bien que cantaría. No sólo con la voz, sino con el corazón. Como escribirá luego San Pablo: *"Canten a Dios con gratitud y de todo corazón, salmos, himnos y cantos inspirados" (Col 3,16).*

Mons. Carmelo Giaquinta, *arzobispo emérito de Resistencia*